

UN NUEVO

COMIENZO

Miriam Méndez Pérez.

3ºA

Categoría: 2ª

Queda un día para Navidad y no estoy preparada mentalmente.

Pensar en estar rodeada de mi familia, mis primos, tíos y sobrinos me encanta, es más, la Navidad es mi época favorita del año. Si hubiese podido elegir, por mí, habría nacido en Navidad; de hecho, me pregunto, ¿a quién no le gusta la Navidad? Sólo pensar en la familia, la ropa calentita, los regalos, las vacaciones, los villancicos y la casa decorada, pone feliz a cualquiera.

He dicho a cualquiera, ¿no? Pues a mí, no.

He de decir que ¡claro que amo estar con mi familia, ver los regalos, usar la ropa grande (que te arropa casi más que un edredón) y estar de vacaciones!, pero hay algo que no me gusta nada, es más, le tengo pánico: la comida. ¡Ay, madre santa!, no hay cosa que más odie ahora mismo que la co-mi-da. ¿No te ha pasado que cuando eras pequeño te imaginabas que un monstruo te iba a comer cuando se apagase la luz?, pues para mí ese monstruo es... la comida.

- ¡Ami! – La voz de mi madre me sobresalta, aparto la mirada del espejo y me pongo rápidamente mi sudadera; al segundo después, mi madre entra por la puerta de mi cuarto. – Cariño, ¿por qué no me ayudas a preparar las galletas navideñas para mañana? Que yo sé que te gusta mucho.
- ¡Mamá, ahora estoy ocupada! – me quejo, sentándome en mi escritorio para, seguidamente, abrir mi archivador – Los profesores son malignos, y aunque estemos en vacaciones, nos mandan kilos y kilos de deberes para que no podamos disfrutar de nuestra corta juventud –. Respiro profundamente para poner un aire de pesadez a mis palabras y que suenen más realistas.
- Vale, pero aun así, no tardes en bajar, que está la cena – me responde.
- ¡No me esperéis! – Le digo rápidamente – Tengo muuuchos deberes, así que bajaré más tarde – Le muestro una sonrisa y doy media vuelta en la silla dándole la espalda.

Cuando por fin escucho la puerta cerrarse, suspiro aliviada y me tiro en la cama, dejándome llevar por un sueño profundo.

- ¿Cómo puedes seguir aún dormida? Son las doce de la mañana, los abuelos llegarán en media hora – La voz de mi madre me despierta, gruño y le tiro un peluche – ¡Ami, no seas terca y levántate, que para gruñón ya tenemos a tu padre!

Seguidamente, mi madre sale de mi habitación y me levanto para darme una ducha, pero un fuerte mareo hace que me caiga directamente al suelo. Me golpeo la rodilla y por el dolor, jadeo.

Después de salir de la ducha, bajo al comedor a ayudar a mi madre a terminar de preparar la mesa y el picoteo. Cuando suena el timbre, mi madre da un saltito de emoción y juntas nos dirigimos hacia la puerta. Al abrirla, lo primero que veo es a mi abuela y detrás mi abuelo.

- ¡Mi dulce Ami! – Exclama mi abuela mientras me abraza fuertemente, pero noto cómo su cuerpo se tensa al poner sus manos sobre mis hombros, y me alejo rápidamente.

Noto su mirada recorrerme de arriba abajo y eso consigue ponerme incómoda, pero rápidamente mi abuelo corta esa atmósfera de tensión formada entre nosotras dándome un beso. Mi mirada se vuelve a dirigir a mi abuela, quién agarra del brazo a mi madre y se la lleva a la cocina, mi abuelo me habla de algo, pero mis sentidos solo están puestos en la puerta de la cocina, que ha sido recién cerrada.

Tras la llegada de mis tíos y primos todos nos sentamos en la gran mesa del comedor; yo me siento junto mi prima Natalia y mi primo Carlitos. Natalia se encuentra demasiado concentrada en su teléfono y Carlitos en la conversación que tiene con mi otro primo Fernando, de manera que me resulta fácil observar cómo los adultos se susurran algo entre ellos con caras de preocupación.

Años atrás, cuando nos sentábamos en la mesa, al segundo todo eran risas, felicidad y nuevas anécdotas que contar, pero ahora solo hay unos murmullos y un ambiente tenso que me hace sentir vulnerable y sola. Miro cómo mi madre empieza a servir la carne y las patatas que todos esperamos con ansia durante todo el año para poder volver a

saborearlas, o al menos antes todos lo hacíamos. Al llegar mi turno, le pido que no me ponga mucho, poniendo como excusa que picoteé antes alguna que otra cosa y que ya no tengo hambre, pero mi madre hace caso omiso y me pone el trozo más grande de carne y tres cucharadas de patatas.

Asustada por la cantidad de comida en mi plato, miro a mi primo Carlitos. Él al ser un adolescente de dieciséis años, tiene un estómago sin fondo y sé que se puede terminar mi plato perfectamente. Le codeo y le pido que intercambiamos los platos, debido a que el suyo tiene menos cantidad, pero en el momento de darle mi plato, mi abuela carraspea y ambos dirigimos la mirada hacia ella.

- Ami, querida, ¿Por qué no te comes lo que te ha puesto tu madre? – Toda la mesa se queda en silencio después de sus palabras. El tono en el que me habla me produce un desgarró interior. Lo sabe, ella lo sabe, y todos los demás también.

Las ganas de llorar aparecen en mí, y no tienen mucha intención de desaparecer. Intento tragar saliva, pero el gran nudo en mi garganta me lo impide. Necesito salir de aquí. Ya.

Miro a mi madre y a mi padre. Me devuelven la mirada esperando mi respuesta, como todos los demás. Mi madre tiene los ojos cristalizados y mi padre está serio, muy serio. La ansiedad empieza a crecer en mi interior de una manera intensa y veloz, mi respiración se descontrola y niego con la cabeza. No, no lo pueden saber, me harán comer, me harán engordar, ellos quieren que engorde, no, no, no, ¡no, por favor! Las lágrimas comienzan a salir de mis ojos mientras niego con mi cabeza, hago un amago de levantarme, pero mis piernas están demasiado débiles y vuelvo a caer en la silla.

- Cariño, tranquila, sólo queremos ayudarte – Mi tía Susana estira su mano y la apoya sobre la mía, que agarra con fuerza el mantel, arrugándolo.
- No, yo no he hecho nada malo – Mis palabras se entrecortan por los sollozos. – Yo no soy mala, de verdad, sólo quiero ser... bonita. – Les suplico con la mirada, Tengo miedo. No lo escondo.
- Si, lo sabemos, tú no eres mala, claro que no, pero déjanos ayudarte, déjanos mostrarte lo hermosa que eres. Deja que te ayudemos y te puedas ver como

nosotros te vemos, como Dios te ve, hazlo por él. Hoy es su nacimiento, hazlo por Jesús. Él te quiere tal y como eres Ami, igual que nosotros e igual que la gente que de verdad te merece. – Mi madre me sonrío aguantando aún las lágrimas. – Deja que te ayudemos.

Miro a mi alrededor, mis tíos me miran con compasión, mis abuelos me sonrío cariñosamente y mis primos mantienen su mirada fija en mí, con un brillo de esperanza en sus ojos. Mi mirada se dirige instintivamente a un cuadro que pintó mi padre de San José y la Virgen María contemplando con adoración a Jesús recién nacido. Esa imagen me hace ver la realidad. ¿Por qué sentirme mal? ¿Por qué matarme lentamente cuando Dios me dio la posibilidad de vivir con personas que me quieren y me aprecian?

Quiero cambiar. Quiero que todo salga bien a partir de este momento. No va a ser fácil, ni rápido, pero desde esta Navidad todo va a salir bien. Lo percibo, lo sé.

Fin.